

# Arquitrave



**Xavier Villaurrutia • Salvador Novo • Efraín Huerta  
Octavio Paz • Margarita Michelena • J.E. Pacheco  
Manuel Ulacia • Rolando Rosas • Minerva Villarreal  
Juan Carlos Bautista**

*Fotografías de Yuri Valecillo*

TAMARA KAMENZAIN

## Yo a esta altura de mi vida

*Yo a esta altura de mi vida  
me siento obligada a ser clara  
aunque nada ni nadie me lo pida.  
En un poema de 1986 me puse oscura  
para decir algo que ahora  
diría de otra manera.*

*Transcribo parte de ese poema con el único fin  
de poder usar de nuevo sin avergonzarme  
la palabra sujeta:*

*“Se interna sigilosa la sujeta  
en su revés, y una ficción fabrica  
cuando se sueña”.*

*Para mí lo urgente a esa edad era  
graduarme de mí misma retener  
como diploma de adulta mi nombre propio  
en una celda impersonal.*

*Para eso tuve que recurrir a la tercera persona  
como si en verdad los sueños de la otra  
los pudiera descifrar Tamara.*

## Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

nº 67, Abril-Junio de 2017

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín, A. J. Ponte, C. Peri Rossi, D. Balderston, D. Cordero, G. Angulo, G. Álvarez Gardeazabal, J.C. Pastrana Arango, J. Prats Sariol, J. Saltzmann, L. A. de Villena, L. M. Madrid, M. Al-Ramli, P. F. Arango Tobón, R. Arraiu Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

# XAVIER VILLAURRUTIA

## Nocturno sueño

Abría las salas  
profundas el sueño  
y voces delgadas  
corrientes de aire  
entraban

Del barco del cielo  
del papel pautado  
caía la escala  
por donde mi cuerpo  
bajaba

El cielo en el suelo  
como en un espejo  
la calle azogada  
dobló mis palabras

Me robó mi sombra  
la sombra cerrada  
Quieto de silencio  
oí que mis pasos  
pasaban

El frío de acero  
a mi mano ciega



Xavier Villaurrutia

armó con su daga  
Para darme muerte  
la muerte esperaba

Y al doblar la esquina  
un segundo largo  
mi mano acerada  
encontró mi espalda

Sin gota de sangre  
sin ruido ni peso  
a mis pies clavados  
vino a dar mi cuerpo

Lo tomé en los brazos  
lo llevé a mi lecho

Cerraba las alas  
profundas el sueño

## Nocturno de la alcoba

La muerte toma siempre  
la forma de la alcoba que nos contiene.  
Es cóncava y oscura y tibia y silenciosa,  
se pliega en las cortinas en que anida la sombra,  
es dura en el espejo y tensa y congelada,  
profunda en las almohadas y, en las sábanas, blanca.

Los dos sabemos que la muerte toma  
la forma de la alcoba, y que en la alcoba  
es el espacio frío que levanta  
entre los dos un muro, un cristal, un silencio.

Entonces sólo yo sé que la muerte  
es el hueco que dejas en el lecho  
cuando de pronto y sin razón alguna  
te incorporas o te pones de pie.

Y es el ruido de hojas calcinadas  
que hacen tus pies desnudos al hundirse en la alfombra.

Y es el sudor que moja nuestros muslos  
que se abrazan y luchan y que, luego, se rinden.

Y es la frase que dejas caer, interrumpida.  
Y la pregunta mía que no oyes,

que no comprendes o que no respondes.

Y el silencio que cae y te sepulta  
cuando velo tu sueño y lo interrogo.

Y solo, sólo yo sé que la muerte  
es tu palabra trunca, tus gemidos ajenos  
y tus involuntarios movimientos oscuros  
cuando en el sueño luchas con el ángel del sueño.

La muerte es todo esto y más que nos circunda,  
y nos une y separa alternativamente,  
que nos deja confusos, atónitos, suspensos,  
con una herida que no mana sangre.

Entonces, sólo entonces, los dos solos, sabemos  
que no el amor sino la oscura muerte  
nos precipita a vernos cara a los ojos,  
y a unirnos y a estrecharnos, más que solos y náufragos,  
todavía más, y cada vez más, todavía.

## **Nocturno de la estatua**

Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera  
y el grito de la estatua desdoblado la esquina.

Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito,  
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,  
querer asir el eco y encontrar sólo el muro  
y correr hacia el muro y tocar un espejo.  
Hallar en el espejo la estatua asesinada,  
sacarla de la sangre de su sombra,  
vestirla en un cerrar de ojos,  
acariciarla como a una hermana imprevista  
y jugar con las fichas de sus dedos  
y contar a su oreja cien veces cien cien veces  
hasta oírla decir: «estoy muerta de sueño».





## Nocturno de los ángeles

Se diría que las calles fluyen dulcemente en la noche.  
Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,  
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,  
porque todos están en el secreto  
y nada se ganaría partirlo en mil pedazos  
si, por el contrario, es tan dulce guardarlo  
y compartirlo sólo con la persona elegida.

Si cada uno dijera en un momento dado,  
en sólo una palabra, lo que piensa,  
las letras del «DESEO»  
formarían una enorme cicatriz luminosa,  
una constelación más antigua, más viva aún que las otras.  
Y esa constelación sería como un ardiente sexo  
en el profundo cuerpo de la noche,  
o, mejor, como los Gemelos que por vez primera en la vida  
se miraran de frente, a los ojos,  
y se abrazaran ya para siempre.

De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres,  
caminan, se detienen, prosiguen.  
Cambian miradas, atreven sonrisas,  
forman imprevistas parejas...

Hay recodos y bancos de sombra,

orillas de indefinibles formas profundas  
y súbitos huecos de luz que ciega  
y puertas que ceden a la presión más leve.

El río de la calle queda desierto un instante.  
Luego parece remontar de sí mismo  
deseoso de volver a empezar.  
Queda un momento paralizado, mudo, anhelante  
como el corazón entre dos espasmos.

Pero una nueva pulsación, un nuevo latido  
arroja al río de la calle nuevos sedientos seres.  
Se cruzan, se entrecruzan y suben.  
Vuelan a ras de tierra.  
Nadan de pie, tan milagrosamente  
que nadie se atrevería a decir que no caminan.

¡Son los ángeles!  
Han bajado a la tierra  
por invisibles escalas.  
Vienen del mar, que es el espejo del cielo,  
en barcos de humo y sombra,  
a fundirse y confundirse con los mortales,  
a rendir sus frentes en los muslos de las mujeres,  
a dejar que otras manos palpén sus cuerpos febrilmente,  
y que otros cuerpos busquen los suyos hasta encontrarlos  
como se encuentran al cerrarse los labios de una misma boca,  
a fatigar su boca tanto tiempo inactiva,  
a poner en libertad sus lenguas de fuego,

a decir las canciones, los juramentos, las malas palabras  
en que los hombres concentran el antiguo misterio  
de la carne, la sangre y el deseo.  
Tienen nombres supuestos, divinamente sencillos.  
Se llaman Dick o John, o Marvin o Louis.  
En nada sino en la belleza se distinguen de los mortales.  
Caminan, se detienen, prosiguen.  
Cambian miradas, atreven sonrisas.  
Forman imprevistas parejas.

Sonríen maliciosamente al subir  
en los ascensores de los hoteles  
donde aún se practica el vuelo lento y vertical.  
En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales;  
signos, estrellas y letras azules.  
Se dejan caer en las camas, se hunden en las almohadas  
que los hacen pensar todavía un momento en las nubes.  
Pero cierran los ojos para entregarse  
mejor a los goces de su encarnación misteriosa,  
y, cuando duermen, sueñan no con  
los ángeles sino con los mortales.

## Nocturno en que nada se oye

En medio de un silencio desierto  
como la calle antes del crimen  
sin respirar siquiera para que nada turbe mi muerte  
en esta soledad sin paredes  
al tiempo que huyeron los ángulos  
en la tumba del lecho dejo mi estatua sin sangre  
para salir en un momento tan lento  
en un interminable descenso  
sin brazos que tender  
sin dedos para alcanzar  
la escala que cae de un piano invisible  
sin más que una mirada y una voz  
que no recuerdan haber salido de ojos y labios  
¿qué son labios? ¿qué son miradas que son labios?  
Y mi voz ya no es mía  
dentro del agua que no moja  
dentro del aire de vidrio  
dentro del fuego lívido que corta como el grito  
Y en el juego angustioso  
de un espejo frente a otro  
cae mi voz  
y mi voz que madura  
y mi voz quemadura  
y mi bosque madura  
y mi voz quema dura

como el hielo de vidrio  
como el grito de hielo  
aquí en el caracol de la oreja  
el latido de un mar en el que no sé nada  
en el que no se nada  
porque he dejado pies y brazos en la orilla  
siento caer fuera de mí la red de mis nervios  
mas huye todo como el pez que se da cuenta  
hasta ciento en el pulso de mis sienes  
muda telegrafía a la que nadie responde  
porque el sueño y la muerte nada tienen ya que decirse.

Xavier Villaurrutia (Ciudad de México, 1903-1950), abandonó los estudios de Derecho para dedicarse a las letras. Junto con otros intelectuales fundó *Ulises* (1927) y *Contemporáneos* (1928). Jamás abandonó su oposición al nacionalismo cultural y su propuesta de una literatura mexicana en diálogo consigo misma, con el resto de literaturas del mundo y con la esencia del fenómeno poético. Si bien su labor poética fue la más destacable, también realizó una gran labor como crítico literario y dramaturgo. Hizo estudios de teatro en Bellas Artes. En 1928 había fundado con otros escritores el teatro Ulises. Fue becado por la fundación Rockefeller y estudió arte dramático durante en la Universidad de Yale. Escribió una ópera: *La mulata de Córdoba*. Algunas de sus obras son *Décima muerte y otros poemas no coleccionados* (1941), *Canto a la primavera y otros poemas* (1948) y *Poesía y teatro completos* (1953).

# SALVADOR NOVO

## **Retrato de niño**

En este retrato  
hay un niño mirándome con ojos grandes;  
este niño soy yo  
y hay una fecha: 1906.

Es la primera vez que me miré atentamente.  
Por supuesto que yo hubiera querido  
que ese niño hubiera sido más serio,  
con esa mano más serena,  
con esa sonrisa más fotográfica.

Esta retrospección no remedia, empero,  
lo que el fotógrafo, el cumpleaños,  
mi mamá, yo y hasta tal vez la fisiología  
dimos por resultado.



Salvador Novo



## Elegía

Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen,  
grotescas para la caricia, inútiles para el taller o la azada,  
largas y flácidas como una flor privada de simiente  
o como un reptil que entrega su veneno  
porque no tiene nada más que ofrecer.

Los que tenemos una mirada culpable y amarga  
por donde mira la muerte no lograda del mundo  
y fulge una sonrisa que se congela  
frente a las estatuas desnudas  
porque no podrá nunca cerrarse sobre los anillos de oro  
ni entregarse como una antorcha  
sobre los horizontes del tiempo  
en una noche cuya aurora es solamente este mediodía  
que nos flagela la carne por instantes  
arrancados a la eternidad.

Los que hemos rodado por los siglos como una roca  
desprendida del Génesis  
sobre la hierba o entre la maleza en desenfrenada carrera  
para no detenernos nunca ni volver a ser lo que fuimos  
mientras los hombres van trabajosamente ascendiendo  
y brotan otras manos de sus manos para  
torcer el rumbo de los vientos  
o para tiernamente enlazarse.

Los que vestimos cuerpos como trajes envejecidos  
a quienes basta el hurto o la limosna de una migaja que es  
todo el pan y la única hostia  
hemos llegado al litoral de los siglos que pesan sobre  
nuestros corazones angustiados,  
y no veremos nunca con nuestros ojos limpios  
otro día que este día en que toda la música del universo  
se cifra en una voz que no escucha  
nadie entre las palabras vacías  
en el sueño sin agua ni palabras  
en la lengua de la arcilla y del humo.

Salvador Novo (Ciudad de México, 1904-1974) se licenció en Derecho por la Universidad Nacional de México y en la Facultad de Filosofía y Letras hizo estudios de lengua italiana. En 1925 fue nombrado jefe del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública, y publicó su primer volumen de versos, *XX Poemas*, con sardinas, máquinas *Noisy Steinway*, películas de Paramount, un masajista de Nueva York, redes telegráficas para jugar tenis, ombligos para los filatelistas, poemas vanguardistas, que darán origen, en 1928, a la revista *Contemporáneos*. Su vehemente defensa de la identidad y los valores mexicanos lo llevó a participar en la fundación del Partido Popular Socialista, y en 1946 dio a la imprenta *Nueva grandeza mexicana*, que le hizo merecedor del título de “cronista de la Ciudad de México”. En 1967 recibió el Premio Nacional de Literatura, que venía a coronar su importantísima obra de creación literaria y su contribución teórica a los más varios aspectos de las letras mexicanas.

## **Este perfume**

Este perfume intenso de tu carne,  
no es nada más  
que el mundo que desplazan y mueven  
los globos azules de tus ojos,  
y la tierra y los ríos azules de las venas  
que aprisionan tus brazos.  
Hay todas las redondas naranjas  
en tu beso de angustia,  
sacrificado al borde de un huerto en que la vida  
se suspendió por todos los siglos de la mía.

¡Qué remoto era el aire infinito  
que llenó nuestros pechos!  
Te arranqué de la tierra  
por las raíces ebrias de tus manos  
y te he bebido todo ¡oh fruto perfecto y delicioso!  
Ya siempre cuando el sol palpe mi carne,  
he de sentir el rudo contacto de la tuya  
nacida de la frescura de una alba inesperada,  
nutrida en la caricia  
de tus ríos claros y puros como tu abrazo,  
vuelta dulce en el viento que en las tardes  
viene de las montañas a tu aliento,  
madurada en el sol de tus dieciocho años,  
cálida para mí que la esperaba.

## **Junto a tu cuerpo**

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío  
junto a tus hombros tersos  
de que nacen las rutas de tu abrazo,  
de que nacen tu voz y tus miradas, claras y remotas,  
sentí de pronto el infinito vacío de su ausencia.

Si todos estos años que me falta  
como una planta trepadora que se coge del viento  
he sentido que llega o que regresa en cada contacto  
y ávidamente rasgo todos los días un mensaje  
que nada contiene sino una fecha  
y su nombre se agranda  
y vibra cada vez más profundamente  
porque su voz no era más que para mí oído,  
porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos  
y mi alma es como un gran templo deshabitado.

Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño  
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,  
suave de mi tersura, grande por mis deseos,  
máscara, estatua que he erigido a su memoria.

## **Amor**

Amar es este tímido silencio  
cerca de ti, sin que lo sepas,  
y recordar tu voz cuando te marchas  
y sentir el calor de tu saludo.

Amar es aguardarte  
como si fueras parte del ocaso,  
ni antes ni después, para que estemos solos  
entre los juegos y los cuentos  
sobre la tierra seca.

Amar es percibir, cuando te ausentas,  
tu perfume en el aire que respiro,  
y contemplar la estrella en que te alejas  
cuando cierro la puerta de la noche.



## **La renovada muerte de la noche**

La renovada muerte de la noche  
en la que ya no nos queda  
sino la breve luz de la conciencia  
y tendernos al lado de los libros  
de donde las palabras escaparon sin fuga,  
crucificadas en mi mano, y en esta cripta de familia  
en la que existe en cada espejo  
y en cada sitio la evidencia del crimen  
y en cuyos roperos dejamos  
la crisálida de los adioses irremediables  
con que hemos de embalsamar el futuro,  
y en los ahorcados que penden de cada lámpara,  
y en el veneno de cada vaso que apuramos,  
y en esa silla eléctrica  
en que hemos abandonado nuestros disfraces  
para ocultarnos bajo los solitarios sudarios,  
mi corazón ya no sabe sino marcar el paso  
y dar vueltas como un tigre de circo  
inmediato a una libertad inasible.  
Todos hemos ido llegando a nuestras tumbas  
a buena hora, a la hora debida,  
en ambulancias de cómodo precio  
o bien de suicidio natural y premeditado.  
Y yo no puedo seguir trazando un escenario perfecto  
en que la luna habría de jugar un papel importante,

porque en estos momentos  
hay trenes por encima de toda la tierra  
que lanzan unos dolorosos suspiros  
y que parten,  
y la luna no tiene nada que ver  
con las breves luciérnagas que nos vigilan  
desde un azul cercano y desconocido  
lleno de estrellas políglotas e innumerables.



## Epifania

Un domingo  
Epifania no volvió más a la casa.

Yo sorprendí conversaciones  
en que contaban que un hombre se la había robado  
y luego, interrogando a las criadas,  
averigüé que se la había llevado a un cuarto.  
No supe nunca dónde estaba ese cuarto  
pero lo imaginé, frío, sin muebles,  
con el piso de tierra húmeda  
y una sola puerta a la calle.  
Cuando yo pensaba en ese cuarto  
no veía a nadie en él.  
Epifania volvió una tarde  
y yo la perseguí por el jardín  
rogándole que me dijera qué le había hecho el hombre  
porque mi cuarto estaba vacío  
como una caja sin sorpresas.  
Epifania reía y corría  
y al fin abrió la puerta  
y dejó que la calle entrara en el jardín.

# EFRAÍN HUERTA

## Responso por un poeta descuartizado

Claro está que murió —como deben morir los poetas,  
maldiciendo, blasfemando, mentando madres,  
viendo apariciones, cobijado por las pesadillas.  
Claro que así murió y su muerte resuena en las malditas  
habitaciones donde perros, orgías, vino griego, prostitutas  
francesas, donceles y príncipes se rinden  
y le besan los benditos pies;  
porque todo en él era bendito como el mármol de La Piedad  
y el agua de los lagos, el agua de los ríos y los ríos de alcohol  
bebidos a pleno pulmón, así deben beber los poetas: Hasta  
lo infinito, hasta la negra noche y las agrias albas y las  
ceremonias civiles y las plumas heridas del artículo a que te  
obligan, la crónica que nunca hubieras querido escribir  
y los poemas rubíes, los poemas diamantes, los poemas  
huesolabrado, los poemas floridos, los poemas toros, los  
poemas posesión, los poemas rubenes, los poemas danos, los  
poemas madres, los poemas padres, tus poemas...

Y así le besaban los pies, la planta del pie que recorrió  
los cielos y tropezó mil y un infiernos al sonido siringa de los  
ángeles locos y los demonios trasegando absintio  
(El chorro de agua de Verlaine estaba mudo), ante el azoro  
y la soberbia estupidez de los cónsules y los dictadores,  
la chirlería envidiosa y la espesa idiotez de las gallinas  
municipales.

Maldiciendo, claro, porque en la agonía estaba en su derecho  
y porque qué jodidos (¡Jure, jodido!,  
dijo Rubén al niño triste que oyó su testamento), ¿por qué  
no morir de alcoholes de todo el mundo si todo el mundo  
es alcohol y la llama lírica es la mirada de un niño con la cara  
de un lirio?

Resollaba y gemía como un coloso crisoelefantino  
hecho de luces y tiniebla, pulido por el aire de los Andes,  
la neblina de los puertos, el ahogo de Nueva York,  
la palabra española, el duelo de Machado, Europa  
sin su pan.

Rugía impuramente como deben rugir todos los poetas  
que mueren (¡Qué horror, mi cuerpo destrozado!)  
y los médicos: Aquí hay pus, aquí hay pus —y nunca  
le hallaron nada sino dolor en la piel  
limpios los riñones heroicos, limpio el hígado, limpio  
y soberbio el corazón  
y limpiamente formidable el cerebro que nunca se detuvo,  
como un sol escarlata, como un sol de esmeraldas, como  
la mansión de los dioses, como el penacho de un  
emperador azteca, de un emperador inca,  
de un guerrero taíno;  
cerebro de un amante embriagado a la orilla de un dulcísimo  
cuerpo, ay, de mieles y nardos  
(su peso: mil ochocientos cincuenta gramos:  
tonelaje de poeta divino, anchura de navio),  
el cerebro donde estallaron los veintiún cañonazos  
de la fortaleza de Acosasco  
y que luego...

Claramente, turbiamente hablando, hubo necesidad  
de destrozarlo, enteramente destazarlo como a una fiera  
selvática, como al toro americano  
porque fue mucho hombre, mucho poeta, mucho vida,  
muchísimo universo  
necesariamente sus vísceras tenían que ser universales,  
polvo a los cuatro vientos, circunvoluciones repletas  
de piedad, hinchidas de amor y de ternura.  
Aquí el hígado y allá los riñones.  
¡Dame el corazón de Rubén! Y el cerebro peleado, de garra  
en garra como un puñado de perlas.  
Aquel cerebro (¡salud!) que contó hechicerías y fue sacado  
a la luz antes del alba;  
y por él disputaron y por él hubo sangre en las calles  
y la policía dijo, chilló, bramó:  
¡A la cárcel! Y el cerebro de Rubén Darío —mil ochocientos  
cincuenta gramos— fue a dar a la cárcel  
y fue el primer cerebro encarcelado, el primer cerebro entre  
rejas, el primer cerebro en una celda,  
la primera rosa blanca encarcelada, el primer cisne degollado.

Lo veo y no lo creo: ardido por esa leña verde,  
por esa agonía de pirámide arrasada,  
el poeta que todo lo amó  
cubría su pecho con el crucifijo,  
el crucifijo, el suave crucifijo,  
el Cristo de marfil que otro poeta agónico le regalara  
—Amado Nervo—  
y me parece oír cómo los dientes le quemaban y de qué

manera se mordía la lengua y la piel se le ponía violácea  
nada más porque empezaba a morir,  
nada más porque empezaba a santificarnos con su muerte y  
su delirio, sus blasfemias, sus maldiciones, su testamento,  
y nada más porque su cerebro tuvo que andar de garra  
en mano y de mano en garra  
hasta parecer el ala de un ángel,  
la solar sonrisa de un efebo,  
la sombra de recinto de todos los poetas vivos,  
de todos los poetas agonizantes,  
de todos los poetas.



Efraín Huerta

## **Juárez-Loreto**

La del piernón bruto me rebasó por la derecha:  
rozóme las regiones sagradas, me vio de arriba abajo  
y se detuvo en el aire viciado: cielo sucio  
de la Ruta 85, donde los ladrones  
me conocen porque me roban, me pisotean  
y me humillan: seguramente saben  
que escribo versos: ¿Pero ella? ¿Por qué  
me faulea, madruga, tumba, habita, bebe?  
tiene el pelo dorado de la madrugada  
que empuña su arma y dispara sus violines.  
Tiene un extraño follaje azul-morado  
en unos ojos como faroles y aguardiente.  
Es un jazmín angelical, maligno,  
arrancado del zarzal en ruinas.  
A los rateros los detesto con todo el corazón,  
pero a ella, que debe llamarse Ría, Napoleona,  
Bárbara o Letra Muerta o Cosa Quemada,  
empiezo a amarla en la diagonal de Euler  
y en la parada de Petrarca ya soy un horno  
pálido de codicia, de sueños de poder,  
porque como amante siempre he sido pan comido,  
migaja llorona (Ay de mí, Llorona),  
y si ayer pasadas las diez de la noche  
fui el vivo retrato de la Novena Maravilla,  
ahora sólo soy la sombra de una séptima colina desyerbada.

Alabados sean los ladrones, dice Hans Magnus.  
Pues que lo sean: los veo hurtar carteras, relojes, orejas,  
pies, nalgas iridiscentes, bolígrafos, anteojos,  
y ella, que debe llamarse Escaldada, ni se inmuta.  
Vuelve al roce, al foul, al descaro,  
se alisa la dorada cabellera  
(¡Coño, carajo, caballero, qué cabellera de oro!),  
se marea, se hegeliza, se newtoniza,  
y pasamos por donde Maimónides y Hesíodo  
y pone todavía más cara de estúpida  
cuando Alejandro Dumas,  
Poe y Molière y los cines cercanos!  
Malditilla, malditita, putilla camionera,  
vergüenza seas para las anchas avenidas  
que son Horacio, Homero y,  
caray (aguas, aguas), Ejército Nacional.  
Rozadora, pescadora en el río revuelto  
de las horas febriles; ladrona de mi mala suerte,  
abyecta cómplice del “dos de bastos”,  
hembra de los flancos  
como agua endemoniada;  
cachondísima hasta la parada en seco  
del autobús de la Muerte.  
Alabada seas, bandida de mi lerda conmiseración.  
Escorpionista te llamas, Cancerita, Cangreja,  
amada hasta la terminal, hasta el infinito trasero  
que me despertó imbecilizado en el boulevard  
¡Miguel de Cervantes Saavedra y demás clásicos!  
Porque luego de tus acuciosos frotamientos



y que cada quien llegó a donde quiso llegar  
(para eso estamos y vivimos en un país libre)  
hube de regresar al lugar del crimen  
(así llamo a mi arruinado departamento de Lope de Vega),  
y pues me vine, sí, me vine lo más pronto posible  
en medio de una estruendosa rechifla celestial.

Adoro tu nalga derecha, tu pantorilla izquierda  
tus muslos enteritos, lo adivinable y calentito,  
tus pechitos pachones  
y tu indigno, antideportivo comportamiento.  
Que te asalten, te roben, burlen, violen,  
Nariz de Colibrí, Doncella Serpentina,  
Suripantita de Oro, Cabellitos de Elote,  
porque te amo y alabo desde lo alto de mi aguda marchitez.

Hoy debo dormir como un bendito  
y despertar clamando en el desierto de la ciudad  
donde el Juárez-Loreto que algún día compraré  
me espera, como un palacio espera, adormilado,  
a su viejo-príncipe-poeta  
soberbiamente idiota.



## Puerto Ángel

Una gringuita así de bella y fresca y mariguana  
pedía a los suyos una raid un aventón a Puerto Ángel.  
Cenía sus todavía bien duras nalgas  
con una mezcilla vieja de muchos amaneceres  
y la rotundez de su pecho, eso sí,  
doraba la mañana de los laureles oaxaqueños.  
El café me supo a cerveza agria porque, pensaba yo,  
con dos o tres mil pesos cash, cashondamente,  
con semejante preciosidad chulonamente amorosa y  
originaria de alguna paupérrima pero diabólica Sexoville,  
Texas, yo jalaría de inmediato hacia  
y hasta un Puerto Ángel  
Que no conozco  
que francamente no me interesa conocer  
porque me duele la desnudez en las playas  
(y en las camas)  
y entonces ella  
que se llama Alice, Mary, Betunia, Patricia,  
Oropéndola,  
Me diría que no siempre que nunca no  
que eternamente no  
Because 'cause...  
Al día siguiente, martes, frustrado hasta  
la más febricitante náusea antiperialista  
subiría de pie –lo juro- hasta los adoratorios

de nuestro Monte Albán, David,  
a pedir a los dioses perdón  
por todas  
mis altísimas bajezas.

Efraín Huerta (Silao, 1914-1982) en su adolescencia vivió en Ciudad de México y estudió en San Ildefonso. Se inscribió en la carrera de leyes, que no terminó, y en los años treinta colaboró con la revista *Taller*, fue militante del Partido Comunista en los años de entreguerras, el ascenso del fascismo, la Guerra Civil Española y el régimen de Lázaro Cárdenas, cuando aparecieron los primeros manifiestos del Surrealismo y el apogeo del nacionalismo en la pintura mexicana. Sus primeros libros de poemas delatan ya al poeta desenfadado y de ácidas ironías de la madurez. Un poeta urbano, erótico, colérico y enternecedor que también escribió poemas mínimos plenos de humor.

Aun cuando todavía se le considera un poeta político y erótico, no hay duda que fue una suerte de Kavafis o Dámaso Alonso mexicano, que desde su libro *Los hombres del alba*, de los cuarenta, hasta *Dispersión total*, de los ochenta, fue trazando el perfil de una ciudad enorme plena de misterios, donde se podía deambular en altas horas de la noche buscando las ventanas iluminadas de los edificios donde alguna mujer se disponía a entrar en el sueño o era la última esperanza de ver a la amada, colándose furtivamente, de repente, en alguna fiesta donde nadie lo había llamado. Poemas que son hoy un Baedeker lírico de una gigantesca urbe que no duerme nunca.

# OCTAVIO PAZ

## Piedra de Sol

*La treizième revient...c'est encor la première;  
et c'est toujours la seule-ou c'est le seul moment;  
car es-tu reine, ô toi, la première ou dernière?  
es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant?*

Gérard de Nerval (Arthémis)

Un sauce de cristal, un chopo de agua,  
un alto surtidor que el viento arquea,  
un árbol bien plantado mas danzante,  
un caminar de río que se curva,  
avanza, retrocede, da un rodeo  
y llega siempre:  
un caminar tranquilo  
de estrella o primavera sin premura,  
agua que con los párpados cerrados  
mana toda la noche profecías,  
unánime presencia en oleaje,  
ola tras ola hasta cubrirlo todo,  
verde soberanía sin ocaso  
como el deslumbramiento de las alas  
cuando se abren en mitad del cielo,

un caminar entre las espesuras  
de los días futuros y el aciago  
fulgor de la desdicha como un ave  
petrificando el bosque con su canto



Octavio Paz

y las felicidades inminentes  
entre las ramas que se desvanecen,  
horas de luz que pican ya los pájaros,  
presagios que se escapan de la mano,

una presencia como un canto súbito,  
como el viento cantando en el incendio,  
una mirada que sostiene en vilo  
al mundo con sus mares y sus montes,  
cuerpo de luz filtrado por un ágata,  
piernas de luz, vientre de luz, bahías,  
roca solar, cuerpo color de nube,  
color de día rápido que salta,  
la hora centellea y tiene cuerpo,  
el mundo ya es visible por tu cuerpo,  
es transparente por tu transparencia,

voy entre galerías de sonidos,  
fluyo entre las presencias resonantes,  
voy por las transparencias como un ciego,  
un reflejo me borra, nazco en otro,  
oh bosque de pilares encantados,  
bajo los arcos de la luz penetro  
los corredores de un otoño diáfano,

voy por tu cuerpo como por el mundo,  
tu vientre es una plaza soleada,  
tus pechos dos iglesias donde oficia  
la sangre sus misterios paralelos,

mis miradas te cubren como yedra,  
eres una ciudad que el mar asedia,  
una muralla que la luz divide  
en dos mitades de color durazno,  
un paraje de sal, rocas y pájaros  
bajo la ley del mediodía absorto,

vestida del color de mis deseos  
como mi pensamiento vas desnuda,  
voy por tus ojos como por el agua,  
los tigres beben sueño de esos ojos,  
el colibrí se quema en esas llamas,  
voy por tu frente como por la luna,  
como la nube por tu pensamiento,  
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de maíz ondula y canta,  
tu falda de cristal, tu falda de agua,  
tus labios, tus cabellos, tus miradas,  
toda la noche llueves, todo el día  
abres mi pecho con tus dedos de agua,  
cierras mis ojos con tu boca de agua,  
sobre mis huesos llueves, en mi pecho  
hunde raíces de agua un árbol líquido,

voy por tu talle como por un río,  
voy por tu cuerpo como por un bosque,  
como por un sendero en la montaña  
que en un abismo brusco se termina



voy por tus pensamientos afilados  
y a la salida de tu blanca frente  
mi sombra despeñada se destroza,  
recojo mis fragmentos uno a uno  
y prosigo sin cuerpo, busco a tientas,

corredores sin fin de la memoria,  
puertas abiertas a un salón vacío  
donde se pudren todos los veranos,  
las joyas de la sed arden al fondo,  
rostro desvanecido al recordarlo,  
mano que se deshace si la toco,  
cabelleras de arañas en tumulto  
sobre sonrisas de hace muchos años,

a la salida de mi frente busco,  
busco sin encontrar, busco un instante,  
un rostro de relámpago y tormenta  
corriendo entre los árboles nocturnos,  
rostro de lluvia en un jardín a oscuras,  
agua tenaz que fluye a mi costado,

busco sin encontrar, escribo a solas,  
no hay nadie, cae el día, cae el año,  
caigo en el instante, caigo al fondo,  
invisible camino sobre espejos  
que repiten mi imagen destrozada,  
piso días, instantes caminados,  
piso los pensamientos de mi sombra,

piso mi sombra en busca de un instante,

busco una fecha viva como un pájaro,  
busco el sol de las cinco de la tarde  
templado por los muros de tezontle:  
la hora maduraba sus racimos  
y al abrirse salían las muchachas  
de su entraña rosada y se esparcían  
por los patios de piedra del colegio,  
alta como el otoño caminaba  
envuelta por la luz bajo la arcada  
y el espacio al ceñirla la vestía  
de un piel más dorada y transparente,

tigre color de luz, pardo venado  
por los alrededores de la noche,  
entrevista muchacha reclinada  
en los balcones verdes de la lluvia,  
adolescente rostro innumerable,  
he olvidado tu nombre, Melusina,  
Laura, Isabel, Perséfone, María,  
tienes todos los rostros y ninguno,  
eres todas las horas y ninguna,  
te pareces al árbol y a la nube,  
eres todos los pájaros y un astro,  
te pareces al filo de la espada  
y a la copa de sangre del verdugo,  
yedra que avanza, envuelve y desarraiga  
al alma y la divide de sí misma,

escritura de fuego sobre el jade,  
grieta en la roca, reina de serpientes,  
columna de vapor, fuente en la peña,  
circo lunar, peñasco de las águilas,  
grano de anís, espina diminuta  
y mortal que da penas inmortales,  
pastora de los valles submarinos  
y guardiana del valle de los muertos,  
liana que cuelga del cantil del vértigo,  
enredadera, planta venenosa,  
flor de resurrección, uva de vida,  
señora de la flauta y del relámpago,  
terrazza del jazmín, sal en la herida,  
ramo de rosas para el fusilado,  
nieve en agosto, luna del patíbulo,  
escritura del mar sobre el basalto,  
escritura del viento en el desierto,  
testamento del sol, granada, espiga,

rostro de llamas, rostro devorado,  
adolescente rostro perseguido  
años fantasmas, días circulares  
que dan al mismo patio, al mismo muro,  
arde el instante y son un solo rostro  
los sucesivos rostros de la llama,  
todos los nombres son un solo nombre  
todos los rostros son un solo rostro,  
todos los siglos son un solo instante  
y por todos los siglos de los siglos

cierra el paso al futuro un par de ojos,  
  
no hay nada frente a mí, sólo un instante  
rescatado esta noche, contra un sueño  
de ayuntadas imágenes soñado,  
duramente esculpido contra el sueño,  
arrancado a la nada de esta noche,  
a pulso levantado letra a letra,  
mientras afuera el tiempo se desboca  
y golpea las puertas de mi alma  
el mundo con su horario carnicero,

sólo un instante mientras las ciudades,  
los nombres, lo sabores, lo vivido,  
se desmoronan en mi frente ciega,  
mientras la pesadumbre de la noche  
mi pensamiento humilla y mi esqueleto,  
y mi sangre camina más despacio  
y mis dientes se aflojan y mis ojos  
se nublan y los días y los años  
sus horrores vacíos acumulan,

mientras el tiempo cierra su abanico  
y no hay nada detrás de sus imágenes  
el instante se abisma y sobrenada  
rodeado de muerte, amenazado  
por la noche y su lúgubre bostezo,  
amenazado por la algarabía  
de la muerte vivaz y enmascarada

el instante se abisma y se penetra,  
como un puño se cierra, como un fruto  
que madura hacia dentro de sí mismo  
y a sí mismo se bebe y se derrama  
el instante translúcido se cierra  
y madura hacia dentro, echa raíces,  
crece dentro de mí, me ocupa todo,  
me expulsa su follaje delirante,  
mis pensamientos sólo son su pájaros,  
su mercurio circula por mis venas,  
árbol mental, frutos sabor de tiempo,

oh vida por vivir y ya vivida,  
tiempo que vuelve en una marejada  
y se retira sin volver el rostro,  
lo que pasó no fue pero está siendo  
y silenciosamente desemboca  
en otro instante que se desvanece:

frente a la tarde de salitre y piedra  
armada de navajas invisibles  
una roja escritura indescifrable  
escribes en mi piel y esas heridas  
como un traje de llamas me recubren,  
ardo sin consumirme, busco el agua  
y en tus ojos no hay agua, son de piedra,  
y tus pechos, tu vientre, tus caderas  
son de piedra, tu boca sabe a polvo,  
tu boca sabe a tiempo emponzoñado,

tu cuerpo sabe a pozo sin salida,  
pasadizo de espejos que repiten  
los ojos del sediento, pasadizo  
que vuelve siempre al punto de partida,  
y tú me llevas ciego de la mano  
por esas galerías obstinadas  
hacia el centro del círculo y te yergues  
como un fulgor que se congela en hacha,  
como luz que desuella, fascinante  
como el cadalso para el condenado,  
flexible como el látigo y esbelta  
como un arma gemela de la luna,  
y tus palabras afiladas cavan  
mi pecho y me despueblan y vacían,  
uno a uno me arrancas los recuerdos,  
he olvidado mi nombre, mis amigos  
gruñen entre los cerdos o se pudren  
comidos por el sol en un barranco,

no hay nada en mí sino una larga herida,  
una oquedad que ya nadie recorre,  
presente sin ventanas, pensamiento  
que vuelve, se repite, se refleja  
y se pierde en su misma transparencia,  
conciencia traspasada por un ojo  
que se mira mirarse hasta anegarse  
de claridad:  
yo vi tu atroz escama,  
Melusina, brillar verdosa al alba,



dormías enroscada entre las sábanas  
y al despertar gritaste como un pájaro  
y caíste sin fin, quebrada y blanca,  
nada quedó de ti sino tu grito,  
y al cabo de los siglos me descubro  
con tos y mala vista, barajando  
viejas fotos:

no hay nadie, no eres nadie,  
un montón de ceniza y una escoba,  
un cuchillo mellado y un plumero,  
un pellejo colgado de unos huesos,  
un racimo ya seco, un hoyo negro  
y en el fondo del hoyo los dos ojos  
de una niña ahogada hace mil años,

miradas enterradas en un pozo,  
miradas que nos ven desde el principio,  
mirada niña de la madre vieja  
que ve en el hijo grande un padre joven,  
mirada madre de la niña sola  
que ve en el padre grande un hijo niño,  
miradas que nos miran desde el fondo  
de la vida y son trampas de la muerte  
¿o es al revés: caer en esos ojos  
es volver a la vida verdadera?,

¡caer, volver, soñarme y que me sueñen  
otros ojos futuros, otra vida,  
otras nubes, morirme de otra muerte!



esta noche me basta, y este instante  
que no acaba de abrirse y revelarme  
dónde estuve, quién fui, cómo te llamas,  
cómo me llamo yo:  
¿hacía planes  
para el verano? y todos los veranos?  
en Christopher Street, hace diez años,  
con Filis que tenía dos hoyuelos  
donde bebían luz los gorriones?,  
¿por la Reforma Carmen me decía  
“no pesa el aire, aquí siempre es octubre”,  
o se lo dijo a otro que he perdido  
o yo lo invento y nadie me lo ha dicho?,  
¿caminé por la noche de Oaxaca,  
inmensa y verdinegra como un árbol,  
hablando solo como el viento loco  
y al llegar a mi cuarto ¿siempre un cuarto?  
no me reconocieron los espejos?,  
¿desde el hotel Vernet vimos al alba  
bailar con los castaños ? “ya es muy tarde”  
decías al peinarte y yo veía  
manchas en la pared, sin decir nada?,  
¿subimos juntos a la torre, vimos  
caer la tarde desde el arrecife?  
¿comimos uvas en Bidart?, ¿compramos  
gardenias en Perote?,  
nombres, sitios,  
calles y calles, rostros, plazas, calles,  
estaciones, un parque, cuartos solos,

manchas en la pared, alguien se peina,  
alguien canta a mi lado, alguien se viste,  
cuartos, lugares, calles, nombres, cuartos,

Madrid, 1937,  
en la Plaza del Ángel las mujeres  
cosían y cantaban con sus hijos,  
después sonó la alarma y hubo gritos,  
casas arrodilladas en el polvo,  
torres hendidas, frentes esculpidas  
y el huracán de los motores, fijo:  
los dos se desnudaron y se amaron  
por defender nuestra porción eterna,  
nuestra ración de tiempo y paraíso,  
tocar nuestra raíz y recobrarlos,  
recobrar nuestra herencia arrebatada  
por ladrones de vida hace mil siglos,  
los dos se desnudaron y besaron  
porque las desnudeces enlazadas  
saltan el tiempo y son invulnerables,  
nada las toca, vuelven al principio,  
no hay tú ni yo, mañana, ayer ni nombres,  
verdad de dos en sólo un cuerpo y alma,  
oh ser total...  
cuartos a la deriva  
entre ciudades que se van a pique,  
cuartos y calles, nombres como heridas,  
el cuarto con ventanas a otros cuartos  
con el mismo papel descolorido

donde un hombre en camisa lee el periódico  
o plancha una mujer; el cuarto claro  
que visitan las ramas de un durazno;  
el otro cuarto: afuera siempre llueve  
y hay un patio y tres niños oxidados;  
cuartos que son navíos que se mecen  
en un golfo de luz; o submarinos:  
el silencio se esparce en olas verdes,  
todo lo que tocamos fosforece;  
mausoleos de lujo, ya roídos  
los retratos, raídos los tapetes;  
trampas, celdas, cavernas encantadas,  
pajareras y cuartos numerados,  
todos se transfiguran, todos vuelan,  
cada moldura es nube, cada puerta  
da al mar, al campo, al aire, cada mesa  
es un festín; cerrados como conchas  
el tiempo inútilmente los asedia,  
no hay tiempo ya, ni muro: ¡espacio, espacio,  
abre la mano, coge esta riqueza,  
corta los frutos, come de la vida,  
tiéndete al pie del árbol, bebe el agua!,

todo se transfigura y es sagrado,  
es el centro del mundo cada cuarto,  
es la primera noche, el primer día,  
el mundo nace cuando dos se besan,  
gota de luz de entrañas transparentes  
el cuarto como un fruto se entreabre

o estalla como un astro taciturno  
y las leyes comidas de ratones,  
las rejas de los bancos y las cárceles,  
las rejas de papel, las alambradas,  
los timbres y las púas y los pinchos,  
el sermón monocorde de las armas,  
el escorpión meloso y con bonete,  
el tigre con chistera, presidente  
del Club Vegetariano y la Cruz Roja,  
el burro pedagogo, el cocodrilo  
metido a redentor, padre de pueblos,  
el Jefe, el tiburón, el arquitecto  
del porvenir, el cerdo uniformado,  
el hijo predilecto de la Iglesia  
que se lava la negra dentadura  
con el agua bendita y toma clases  
de inglés y democracia, las paredes  
invisibles, las máscaras podridas  
que dividen al hombre de los hombres,  
al hombre de sí mismo,  
se derrumban  
por un instante inmenso y vislumbramos  
nuestra unidad perdida, el desamparo  
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres  
y compartir el pan, el sol, la muerte,  
el olvidado asombro de estar vivos;

amar es combatir, si dos se besan  
el mundo cambia, encarnan los deseos,

el pensamiento encarna, brotan las alas  
en las espaldas del esclavo, el mundo  
es real y tangible, el vino es vino,  
el pan vuelve a saber, el agua es agua,  
amar es combatir, es abrir puertas,  
dejar de ser fantasma con un número  
a perpetua cadena condenado  
por un amo sin rostro;  
el mundo cambia  
si dos se miran y se reconocen,  
amar es desnudarse de los nombres:  
“déjame ser tu puta”, son palabras  
de Eloísa, mas él cedió a las leyes,  
la tomó por esposa y como premio  
lo castraron después;  
mejor el crimen,  
los amantes suicidas, el incesto  
de los hermanos como dos espejos  
enamorado de su semejanza,  
mejor comer el pan envenenado,  
el adulterio en lechos de ceniza,  
los amores feroces, el delirio,  
su yedra ponzoñosa, el sodomita  
que lleva por clavel en la solapa  
un gargajo, mejor ser lapidado  
en las plazas que dar vuelta a la noria  
que exprime la substancia de la vida,  
cambia la eternidad en horas huecas,  
los minutos en cárceles, el tiempo

en monedas de cobre y mierda abstracta;

mejor la castidad, flor invisible  
que se mece en los tallos del silencio,  
el difícil diamante de los santos  
que filtra los deseos, sacia al tiempo,  
nupcias de la quietud y el movimiento,  
canta la soledad en su corola,  
pétalo de cristal en cada hora,  
el mundo se despoja de sus máscaras  
y en su centro, vibrante transparencia,  
lo que llamamos Dios, el ser sin nombre,  
se contempla en la nada, el ser sin rostro  
emerge de sí mismo, sol de soles,  
plenitud de presencias y de nombres;

sigo mi desvarío, cuartos, calles,  
camino a tientas por los corredores  
del tiempo y subo y bajo sus peldaños  
y sus paredes palpo y no me muevo,  
vuelvo donde empecé, busco tu rostro,  
camino por las calles de mí mismo  
bajo un sol sin edad, y tú a mi lado  
caminas como un árbol, como un río  
caminas y me hablas como un río,  
creces como una espiga entre mis manos,  
lates como una ardilla entre mis manos,  
vuelas como mil pájaros, tu risa  
me ha cubierto de espumas, tu cabeza

es un astro pequeño entre mis manos,  
el mundo reverdece si sonrías  
comiendo una naranja,  
el mundo cambia  
si dos, vertiginosos y enlazados,  
caen sobre las yerba: el cielo baja,  
los árboles ascienden, el espacio  
sólo es luz y silencio, sólo espacio  
abierto para el águila del ojo,  
pasa la blanca tribu de las nubes,  
rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma,  
perdemos nuestros nombres y flotamos  
a la deriva entre el azul y el verde,  
tiempo total donde no pasa nada  
sino su propio transcurrir dichoso,

no pasa nada, callas, parpadeas  
(silencio: cruzó un ángel este instante  
grande como la vida de cien soles),  
¿no pasa nada, sólo un parpadeo?  
y el festín, el destierro, el primer crimen,  
la quijada del asno, el ruido opaco  
y la mirada incrédula del muerto  
al caer en el llano ceniciento,  
Agamenón y su mugido inmenso  
y el repetido grito de Casandra  
más fuerte que los gritos de las olas,  
Sócrates en cadenas” (el sol nace,  
morir es despertar: “Critón, un gallo

a Esculapio, ya sano de la vida”),  
el chacal que diserta entre las ruinas  
de Nínive, la sombra que vio Bruto  
antes de la batalla, Moctezuma  
en el lecho de espinas de su insomnio,  
el viaje en la carretera hacia la muerte  
¿el viaje interminable mas contado  
por Robespierre minuto tras minuto,  
la mandíbula rota entre las manos?,  
Churruca en su barrica como un trono  
escarlata, los pasos ya contados  
de Lincoln al salir hacia el teatro,  
el estertor de Trotsky y sus quejidos  
de jabalí, Madero y su mirada  
que nadie contestó: ¿por qué me matan?,  
los carajos, los ayes, los silencios  
del criminal, el santo, el pobre diablo,  
cementerio de frases y de anécdotas  
que los perros retóricos escarban,  
el delirio, el relincho, el ruido oscuro  
que hacemos al morir y ese jadeo  
que la vida que nace y el sonido  
de huesos machacados en la riña  
y la boca de espuma del profeta  
y su grito y el grito del verdugo  
y el grito de la víctima...  
son llamas  
los ojos y son llamas lo que miran,  
llama la oreja y el sonido llama,





brasa los labios y tizón la lengua,  
el tacto y lo que toca, el pensamiento  
y lo pensado, llama el que lo piensa,  
todo se quema, el universo es llama,  
arde la misma nada que no es nada  
sino un pensar en llamas, al fin humo:  
no hay verdugo ni víctima...

¿y el grito  
en la tarde del viernes?, y el silencio  
que se cubre de signos, el silencio  
que dice sin decir, ¿no dice nada?,  
¿no son nada los gritos de los hombres?,  
¿no pasa nada cuando pasa el tiempo?

no pasa nada, sólo un parpadeo  
del sol, un movimiento apenas, nada,  
no hay redención, no vuelve atrás el tiempo,  
los muertos están fijos en su muerte  
y no pueden morir de otra muerte,  
intocables, clavados en su gesto,  
desde su soledad, desde su muerte  
sin remedio nos miran sin mirarnos,  
su muerte ya es la estatua de su vida,  
un siempre estar ya nada para siempre,  
cada minuto es nada para siempre,  
un rey fantasma rige sus latidos  
y tu gesto final, tu dura máscara  
labra sobre tu rostro cambiante:  
el monumento somos de una vida

ajena y no vivida, apenas nuestra,

¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?,  
¿cuando somos de veras lo que somos?,  
bien mirado no somos, nunca somos  
a solas sino vértigo y vacío,  
muecas en el espejo, horror y vómito,  
nunca la vida es nuestra, es de los otros,  
la vida no es de nadie, todos somos  
la vida ¿pan de sol para los otros,  
los otros todos que nosotros somos?,  
soy otro cuando soy, los actos míos  
son más míos si son también de todos,  
para que pueda ser he de ser otro,  
salir de mí, buscarme entre los otros,  
los otros que no son si yo no existo,  
los otros que me dan plena existencia,  
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,  
la vida es otra, siempre allá, más lejos,  
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,  
vida que nos desvive y enajena,  
que nos inventa un rostro y lo desgasta,  
hambre de ser, oh muerte, pan de todos,

Eloísa, Perséfone, María,  
muestra tu rostro al fin para que vea  
mi cara verdadera, la del otro,  
mi cara de nosotros siempre todos,  
cara de árbol y de panadero,

de chofer y de nube y de marino,  
cara de sol y arroyo y Pedro y Pablo,  
cara de solitario colectivo,  
despiértame, ya nazco:  
vida y muerte  
pactan en ti, señora de la noche,  
torre de claridad, reina del alba,  
virgen lunar, madre del agua madre,  
cuerpo del mundo, casa de la muerte,  
caigo sin fin desde mi nacimiento,  
caigo en mí mismo sin tocar mi fondo,  
recógeme en tus ojos, junta el polvo  
disperso y reconcilia mis cenizas,  
ata mis huesos divididos, sopla  
sobre mi ser, entiérrame en tu tierra,  
tu silencio dé paz al pensamiento  
contra sí mismo airado;  
abre la mano,  
señora de semillas que son días,  
el día es inmortal, asciende, crece,  
acaba de nacer y nunca acaba,  
cada día es nacer, un nacimiento  
es cada amanecer y yo amanezco,  
amanecemos todos, amanece  
el sol cara de sol, Juan amanece  
con su cara de Juan cara de todos,  
  
puerta del ser, despiértame, amanece,  
déjame ver el rostro de este día,

déjame ver el rostro de esta noche,  
todo se comunica y transfigura,  
arco de sangre, puente de latidos,  
llévame al otro lado de esta noche,  
adonde yo soy tú somos nosotros,  
al reino de pronombres enlazados,

puerta del ser: abre tu ser, despierta,  
aprende a ser también, labra tu cara,  
trabaja tus facciones, ten un rostro  
para mirar mi rostro y que te mire,  
para mirar la vida hasta la muerte,  
rostro de mar, de pan, de roca y fuente,  
manantial que disuelve nuestros rostros  
en el rostro sin nombre, el ser sin rostro,  
indecible presencia de presencias . . .

quiero seguir, ir más allá, y no puedo:  
se despeñó el instante en otro y otro,  
dormí sueños de piedra que no sueña  
y al cabo de los años como piedras  
oí cantar mi sangre encarcelada,  
con un rumor de luz el mar cantaba,  
una a una cedían las murallas,  
todas las puertas se desmoronaban  
y el sol entraba a saco por mi frente,  
despegaba mis párpados cerrados,  
desprendía mi ser de su envoltura,  
me arrancaba de mí, me separaba

de mi bruto dormir siglos de piedra  
y su magia de espejos revivía  
un sauce de cristal, un chopo de agua,  
un alto surtidor que el viento arquea,  
un árbol bien plantado mas danzante,  
un caminar de río que se curva,  
avanza, retrocede, da un rodeo  
y llega siempre:

México, 1957.

Octavio Paz (Mixcoac 1914-1998) fue criado por su madre Josefina Lozano, su tía Amalia Paz y su abuelo Ireneo Paz, un soldado retirado, liberal y novelista. Su padre, Octavio Paz Solórzano, fue abogado de Emiliano Zapata y participó en la reforma agraria que siguió a la Revolución y fue diputado. Hizo derecho en la UNAM y en 1937 fue a Yucatán como miembro de las misiones educativas de entonces, el mismo año que fue invitado en España al *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura*. En 1944, con una beca Guggenheim, pasó un año en Estados Unidos, donde había vivido en su niñez. En 1945 entró en el Servicio Exterior Mexicano y fue enviado a París. Durante este periodo se aleja del marxismo al entrar en contacto con los poetas surrealistas y otros intelectuales europeos e hispanoamericanos. Llegando a la década de 1950 publica *Libertad bajo palabra* (1949), *El laberinto de la soledad* (1950), *¿Águila o sol?* (1951), y *El arco y la lira* (1956). Recibió el Premio Cervantes y el Nobel de Literatura.

# MARGARITA MICHELENA

## Carta Mauricio González de la Garza

Por los balcones deslumbrados de los ojos  
nos asomamos otra vez al río.  
Al río de Heráclito, por supuesto,  
cuyo lomo que nunca será el mismo  
nos acerca y se lleva  
a la florida y puntual navegante  
que vuelve a regalarnos  
sus viejos y siempre asombrosos descubrimientos.  
Su barca de guirnaldas  
fondea en nuestra orilla.  
Te invito a que saludes  
a nuestra, visitante,  
pues siempre ha sido bueno  
-como me lo enseñaste-  
que el mortal más o menos congojoso  
mire lo que se da, lo que sonrío,  
lo que venciendo el tiempo  
dura de otra manera:  
dura en la perfección,  
en la belleza  
(la belleza que cierto amigo nuestro  
dio por percedera tristemente,  
todo por no saber que más perfecta  
que el astro combustible  
es la ley que lo mueve y lo gobierna).



Margarita Michelena



Bajo tu mirador angelizado  
los árboles retejen su vestido  
por una dulce, inapelable orden  
que les dice que se acabó el silencio,  
que terminó la desnudez heroica  
y por puente de plata huye el invierno.  
Que desde su principio inmóvil, sumergido,  
hasta el último dedo,  
tienen que recordar su amable oficio,  
que reabrir su taller de maravillas,  
que hacer girar sus rucas  
y poner en el aire  
su anual casa de escándalos  
para que el trino salte al viento vivo  
y suelte amor las flechas de los pájaros.

Todo está ya poblándose de tibios acontecimientos.  
Todo echa su aliento suave, calentado  
en esta especie de apacible horno verde  
en que ya se transforma el altiplano.  
(Y ahora que lo pienso,  
todo esto sucede año con año  
y nadie sabe nunca cómo empiezan las cosas  
Se las descubre siempre un poco tarde,  
cuando ya no es posible contemplar cómo nacen  
de las espumas soñolientas del invierno.  
Uno tiene la culpa.  
Uno se vuelve viejo.  
Es decir, distraído.

Permite que los ojos encanezcan  
y se antimaravillen  
y que el alma se entristezca y abrume  
en impropios quehaceres de sibila,  
en necio cavilar mirada adentro).  
Mas aquí está la reina que distribuye gratuitos premios,  
que nos lanza abanicos de perfumes  
y pone en cada oráculo su sello.  
Delfos cierra por quiebra:  
no humos de laurel. Vaho de flores.  
Miremos a la alegre pasajera,  
miremos su corona transitoria  
y de otro modo eterna.  
Ahora hay millones de cosas  
que suceden feliz y velozmente.  
Una mañana, por ejemplo,  
se sabe que el jardín ya no dormía,  
que había vuelto.  
Abrió los ojos, sobresaltado por un trino,  
y se vio que se le caía el sueño  
de los párpados grises.  
Todo cedió las manos, el cuerpo, las raíces,  
y empezó a recordar cómo se hace lo verde,  
cómo es que de tan de prisa y tan callando  
se abre el telar universal que trama  
hojas de seda, pétalos de aire,  
cápsulas que no pueden guardar ya su secreto,  
crisálidas de ceras impacientes.  
Las ramas se sacuden su invernial

sentimiento de inferioridad,  
bellas durmientes que desentumen dedos de plata.  
Brillo a brillo va haciéndose el palacio  
que el mundo habrá de echar por la ventana.  
Pasan mil aéreos cortejos nupciales.  
Y de arbusto en arbusto, las arañas  
danzan sobre la cuerda floja  
y hacen castillos en el aire.

Llegan las pardas turbas de gorriones  
como manojos de hierba quemada.  
No son precisamente ejemplos de cordura  
y por ello resultan ejemplares.  
Como la misma hoja en que aterrizan  
no verán otro mayo.  
Pero hoy se reparten a gritos los árboles  
e izan delirantes oleadas de sonido  
mientras dura la luz en que navegan,  
briznas de gozo puro,  
aladas perfecciones de un instante.  
La higuera que hasta ayer era ceniza  
-uno hubiera pensado: un soplo y se derrumba-  
es ahora una cosa brillante  
que ríe en cada punta,  
un collar de fugaces esmeraldas,  
un objeto de tránsito suntuoso  
que da su sombra ancha.  
El prado amarillo, que padecía una tristeza de asténico,  
ha decidido de pronto que la vida es bella

y que daría cualquier cosa por volver a ser joven.  
“Pensamiento es acción”, dice la magia.  
De manera que ha empezado a cubrirse  
de pelusa tierna. Y más que prado  
parece así un gran pájaro verde  
con unas largas alas que ahora le amanecen  
con todo el cielo encima centelleando.  
Y la hiedra que miro mientras escribo esta carta  
saca sus nuevos brazos,  
reanuda su antigua vida de circo  
y allá va, muro arriba,  
con su alegre sombrilla de recuerdos  
para guardar el equilibrio.

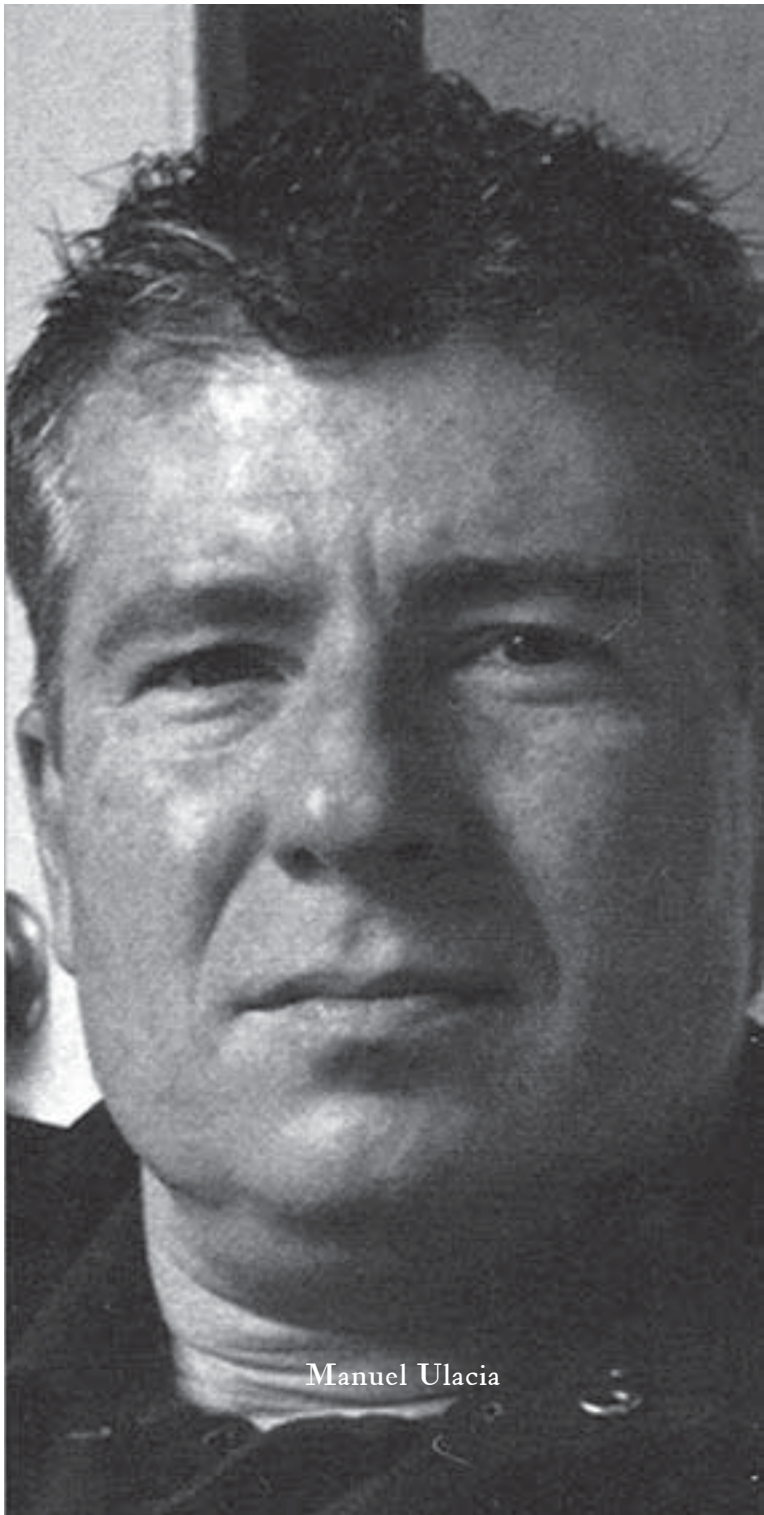
En fin, te comunico  
que todo esto te aguarda.  
Vuelve pronto a disfrutar de la fiesta  
que es consuelo de los afligidos,  
salud de los enfermos,  
causa de nuestra alegría,  
borrón y cuenta nueva.  
(¿A quién se le ocurriría eso del “valle de lágrimas”

Margarita Michelena (Pachuca de Soto, 1917-1998), hizo estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México y comenzó a publicar en la revista *América*, junto a Emma Godoy, Griselda Álvarez y Guadalupe Amor. Fue Directora General del Departamento de Información de Turismo. Después, fundó el periódico *Cuestión*, donde reunió diversas escritoras y periodistas, con el objetivo de crear el primer diario a nivel mundial únicamente para mujeres. Más adelante, colaboró con *Excélsior* y *Siempre*. La obra poética de Michelena fue publicada en *Paraíso y nostalgia*, (1945); *La tristeza terrestre*, (1954) y *El país más allá de la niebla*, (1969)

# MANUEL ULACIA

## **La tumba de Perséfone**

Emergen tallos de la nieve,  
velas que encienden la llama  
en la tumba de mármol de Perséfone  
—país del hielo y la Noche—,  
narcisos de una nueva estación.  
La tierra idéntica devuelve a la luz,  
desde el impeno subterráneo de las sombras,  
nuevos prados en el valle,  
lago vegetal cuando sopla el viento,  
donde Narciso en un mediodía  
contempla la belleza:  
el cielo azul, la silueta de los montes,  
y en su misma llama, el sol quemante.



Manuel Ulacia

## **Ciudad de México**

Ciudad, cuerpo mordido por dientes de humo,  
la furia de la bestia en los motores  
circula por arterias que unen puntos,  
invisible trazo de constelaciones,  
el cielo está sucio,  
la noche se dibuja en vidrios rotos,  
esponja que absorbe voces,  
la luna brilla borrosa,  
entre las cortinas de la luz  
hay ojos que observan,  
en los barrios antiguos manzanas mutiladas,  
las fachadas de cantera se derrumban,  
lotes baldíos, estacionamientos,  
heridas de basura y maleza,  
donde se construyen anémicos rascacielos  
y en los arrabales hambrientos  
casas de cartón,  
escritura de la miseria,  
bosque metálico de antenas de TV  
cubren la superficie hasta el horizonte.  
La ciudad duerme,  
sólo se escucha  
el paso del agua por las alcantarillas,  
como una música melancólica.  
En una ventana  
arde la llama en la mirada de un gato.

## **Origami para un día de lluvia**

Esta lluvia que bate los cristales  
es la misma de ayer.  
Oyes el golpeteo de sus gotas,  
como un tamborileo  
que no acaba jamás.  
Hace tiempo que escribes.  
Las horas se han pasado  
y no te has dado cuenta.  
Tu amigo trabaja en su habitación.  
Hace diez años que están juntos.  
Sin buscarlo lo hallaste.  
En Sao Paulo llovía.  
El azar teje encuentros  
como la ciudad calles  
que desembocan en la misma plaza.  
Esta lluvia que bate los cristales  
es la misma de ayer.  
El rumor de sus gotas  
ha estimulado el árbol de tus nervios.  
Has vuelto a vivir lo que ya no existe.  
Has ido y regresado.  
En tu cráneo, tiempos y espacios  
disimiles han pactado, creando  
una estrella de varios picos  
que apuntan todos hacia el infinito.



Te has encontrado en uno de los vértices  
al niño que fuiste, mientras miraba  
absorto la lluvia tras el cristal  
y en los otros, al muchacho, al joven  
y al adulto que fueron  
el hijo de aquel niño.  
Has caído en la búsqueda de tu ser  
desde la alta cúspide de tu insomnio.  
Has amado preso en la libertad del amor.  
Has buscado por calles que se  
borran en la bruma la intersección  
de lo que captan los sentidos  
con lo que intuye el sinsentido.  
Has resucitado en Pascua Florida  
al hallar en la nave  
de una iglesia la Rosa de Sarón.  
Has visitado un Santo.  
Has sentido el calor de aquella luz  
inexplicable que te hizo salir de tu cuerpo  
una noche, mientras éste se fundía con el universo.  
Has vuelto a amar.  
Has sido para ser.  
Buscas en este segundo que  
pasa el concierto de todas  
las fuerzas que te inventan.  
Eres una partícula en la galaxia  
que gira en la nada,  
un ahora que se recuerda a sí mismo  
en el parpadeo de los milenios.

Quien escucha llover ya es otro.  
Está sentado en un cuarto futuro  
que tú aún no conoces. Te contempla  
salir de tu alcoba, cerrar la puerta  
y caminar por el jardín en donde  
respiras la humedad de la noche.  
Esta lluvia que bate los cristales  
es la misma de siempre.  
[Fragmento]



## **Fiesta en un jardín de Tánger**

A medianoche,  
cuando la bóveda  
estaba cuajada de estrellas  
y los cometas,  
uno tras otro,  
caían sobre el mar,  
entraste en el jardín secreto  
para hallar en él otro cielo:  
cien tortugas llevaban  
sobre el caparazón  
una veladora encendida;  
al caminar formaban  
constelaciones imprevistas,  
titilantes y luminosas rimas,  
otra escritura,  
por el azar creada.

Manuel Ulacia [Ciudad de México 1953-2001] estudió Arquitectura en la UNAM, la maestría y el doctorado en Letras en Yale University. Fue profesor en la Universidad de Alcalá de Henares y Yale. Tradujo a Haroldo de Campos y James Merrill. Publicó *La materia como ofrenda* (1980) y *Origami para un día de lluvia* (1990).

## Viento

Bate el viento los cristales,  
las murallas, los tejados;  
en desvario se filtra  
por rendijas y escaleras;  
es percusión de timbales  
en la torre y en el foso;  
aliento grave de tubas  
en el sendero que baja  
al río; silbido agudo  
en todas las chimeneas;  
movimiento encadenado  
en las copas de los árboles;  
rápida fuga de nubes  
en el cielo azul intenso.  
Pausa. Eco. Silencio.  
En el castillo no hay nadie.  
El viento sopla por todas  
partes incesante.  
Algo en mí también se agita.  
Tal vez seas tú, que llegas,  
de repente, de muy lejos.

# ROLANDO ROSAS GALICIA

## **Mi perra**

Las niñas le tiran piedras.  
Y las amas de casa mendrugos con veneno.  
Mi perra,  
mientras durmió conmigo,  
fue inmaculada.  
Pero un día de primavera  
se fue a la calle.  
Y el perfume de su sexo  
entonces sólo mío  
fue de la jauría.  
Las carnes del “Duque”,  
del “Sultán”,  
del “Diablo”  
y otros  
miserables,  
escuálidos,  
florearon su capullo,  
lo aguangaron.  
Le dejaron sus pulgas y su rabia.  
Y esta,  
endemoniada comezón,  
que con nada se quita.



Rolando Rosas Galicia

## Los zapatos

Andan juntos, a todas partes van.  
Uno solo es inservible, huérfano, cojo.  
Son humildes, soportan los hongos, la comezón,  
las heces de los perros.  
Al filo del cansancio caen donde sea.

Como el agua al vaso  
adquieren la forma del pie que los contiene.  
A veces los veo alejarse en busca de otro niño  
el que se cortó el dedo gordo en un basural.  
En la crepitación de fuego  
o bajo el salitre claustrofóbico  
estarán conmigo.  
Ellos saben aquello de morder el polvo.



## **Olvidos**

Nacen con nosotros  
Salen a la luz impregnados de nuestra carne  
Son ancestrales en cada trozo  
en cada fibra de nuestro cuerpo  
Por ellos sobrevivimos  
A veces son gatos apareándose a media noche  
En otras la gata ciega agarrada a una rata  
y los dos matándose por todo el patio  
A donde vayas, vamos contigo, me dicen al oído  
Murmuran a la mitad de la pesadilla  
y estoy desnudo del ombligo a los pies  
Casi siempre están hambrientos: escríbenos, me ordenan  
Yo tomo el colador, los deajo caer  
y el viento se lleva el basural  
Un delgado hilo de finísimo polen me baña  
me viste y entonces entro a las sombras  
No tengo miedo.

## Jardinería

Todos los días hago un jardín para que lo vivas,  
podo las ramas secas del rosal y me quiebro.  
Barbecho a pesar de ti.  
Sé que te duele que quite la ponzoñosa ortiga,  
la amapolita, el acahual y el doloroso cardón.  
Déjalos ahí, que crezcan como si no estuviéramos, me dices.  
Es tu infancia en el Mezquital.  
Obsesivo en remover la tierra  
escucho el rumor negruzco de la tierra chinampera,  
arrastro mis dedos, estrío mis uñas al colar  
y hago montones de yerbajos y piedras.  
Luego amargo y festivo me siembro  
como deben sembrarse las semillas, hacia adentro.

Rolando Rosas Galicia (San Gregorio Atlapulco, 1954), estudió en la Escuela Normal Superior y la Universidad Iberoamericana. Iniciado en la poesía en talleres literarios publicó su primer libro, *En alguna parte ojos de mundo*, en 1980, donde con mitos y personajes reconstruye la memoria colectiva de las gentes. Su obra ha sido reunida en *Caballo viejo y otros poemas* [2008] y *Quebrantagüesos y otros poemas* [2012].



## Caballo viejo

XII

Dile dolor al cuerpo así se llama.  
Dile que muera que maldiga el llanto de la nodriza.  
Es oscuro acanto la carne dolorida del que mama.

Dile dolor acércale la flama punzante a la pupila.  
De amaranto es la semilla cruel que suda tanto amor  
y quema suave en débil rama

Cruje allí la pasión.  
Es disecado animal carne en bruto la esperanza.  
Agua fugaz de un tiempo malogrado.  
Todo dolor es bueno en la labranza.  
Toda semilla es pura en lo escarbado.  
Si la mancuerna es dura y no se cansa.

XIII

Es mi agrio corazón el que se ofrece.  
Ácimo pan sobre la limpia mesa.  
Pártelo en dos y mira cómo brota la saliva espesa de sal.  
Bestia oscura y ciega.

Pruébalo apenas y si encuentras su odio  
sabes que no es el mar lo que tú escuchas.  
A la distancia cruje la osamenta del que sueña.

Es el grito silencioso del suicida.

Traga su sangre amarga.  
Bebe en su río / busca en el fermento.  
Si encuentras algo de ternura apártala.  
Los vinos dulces curten paladares dóciles.  
Nunca el grito.  
Más aguzado el gusto date rienda suelta.  
Devóralo.

#### XVI

Sólo en el amor el cuerpo  
se baña dos veces en el mismo río.  
Sólo en su pantano el amante ofrece su pureza.  
Y la mancha es la señal del abismo.  
Puede olerse en su palabra la lujuria.  
Beber su rebosante vaso de vinagre.  
Sólo en el amor se transforma el cuerpo.  
Su palabra seduce / corrompe al oído.  
Se diluye en brebajes cristalinos / en amasijos de yerba.  
Entra la sangre como una pus poderosa  
y uno quiere mirarse largamente /  
contemplar su dicha / no tocarla.  
Porque en la entrega todo es fácil.  
Enredarse en el ritual / brama de víbora sedienta.  
Hasta morder el polvo.  
[Fragmentos]

# MINERVA MARGARITA VILLARREAL

## **Fuego en el centro de la página**

Fuego en el centro de la página  
emanación que eleva entre celdas  
el oro del lenguaje  
en busca de otro cielo  
que herida y muy enferma estoy de amores  
Lenguas de su detenimiento  
en ese campo blando la batalla  
en torno a Amor  
bajo la medialuna  
helechos y ríos de cadencias  
aves y olas de lagartos  
entre hojas de espuma y borradores  
cércame de manzanas y de olores  
desátame de trabas  
de túnicas  
sandalias  
asciende ya conmigo tus muslos tu albedrío  
que herida y muy enferma estoy de amores

Signos de brazos que acarician  
Abre tus ojos  
adéntrame en la balsa de tu lecho  
estáncame de rutas que se cruzan  
(cércame de manzanas y de olores  
que herida y muy enferma estoy de amores)



Mirva Margarita Villarreal

La fiebre del deseo  
que viaja en el palacio de la página  
No hay más techo que estrellas  
No hay más lluvia  
No hay cimiento asidero  
ni granito ni mármol o alfombra meditada  
Como espejo la colcha  
en la playa del lecho  
bajo la medialuna  
Todo fuego es un río  
que ilumina  
con ansia  
los cuerpos que se aman  
Sus lenguas entrelazan  
trascienden ya la página  
apuntan destemplando el mentiroso muro  
que herido y muy enfermo estás de amores



## **Esta herida**

Esta herida mana bajo los cielos  
mana de sus cabellos  
tu cuello  
la espalda  
la piel más mármol  
y durazno  
el pelo alzado  
Puedo entrar al silencio  
que de golpe da el agua  
puedo entrar a la calma  
que es silencio que llama  
puedo entrar a la llama  
que desgrana la herida  
un jarro un vientre  
grifos de largo pico  
La cicatriz también es un pasillo  
de manos breves  
de pétalos serenos  
Al borde del estanque  
al fondo de la alcoba  
el silencio brilla  
mece tus años acaricia  
Álamos de la alfombra  
sabinos entre sábanas  
la casa iluminada

desde tu fuego brota  
y esta muchacha espera  
Bajo los cielos  
cercados de ventanal y muro  
clausuradas las puertas las aldabas  
presas que el espacio cercena  
ellos trenzan sus astas  
embisten a lo ancho lo bajo  
del pecho lo hondo  
Tras los cristales cerros  
ciervos  
Ojos por la herida  
cuellos  
Herida de Dios  
Esta herida mana bajo los cielos  
mana de tus cabellos  
la espalda  
la piel más mármol  
y durazno  
el pelo alzado  
pude entrar al silencio  
del agua  
pude entrar a la llama  
La cicatriz también  
es un pasillo un vientre  
y al borde del estanque  
una muchacha  
asoma como si se entregara

## **Sueño de un lienzo**

Sueño de un lienzo  
en la ruta del agua  
los zapatos de noche  
en la lluvia cerrada  
De noche  
mis zapatos  
se internan  
se derraman  
Somos un sueño  
en la ruta del agua  
Zapatos de la noche  
que interna se derrama  
en busca de esos barcos  
que flotan por mi casa.

## La casa

La casa que construiste fue arrasada  
Vi como sucedió  
como se desprendían paredes y ladrillos  
El techo voló  
sobre los huesos  
y el paisaje entre la hierba abrió  
echó raíces bajo las plantas de mis pies  
Estoy anclada  
y esta casa mojada por la lluvia  
esta casa azotada por el viento  
hecha polvo  
y materia que crece  
Esta casa soy yo.

Minerva Margarita Villarreal [Montemorelos, 1957] es licenciada en sociología y maestra en letras españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Ha publicado los libros de poesía *Hilos de viaje* (1982), *Herida luminosa* (2008) y *Tálamo* (2011). Ha recibido el Premio Alfonso Reyes, Jaime Sabines o el Juana Inés de la Cruz Letras del Bicentenario.

# JUAN CARLOS BAUTISTA

## **Diabla la grande**

No era bonita Diabla la Grande,  
había en su cara bestialidad  
y la recorría ponzoñoso un viento sin recodos.  
Y, sin embargo,  
era un caballo-lirio vestido de mujer,  
un montón de rosas oscuras  
reclamando caricia en las espinas.

Diabla reía  
y su risa era un ensimismamiento de piedra viva,  
un relámpago en la noche inútil del Marrakech.  
Larga,  
como una serpiente su cuello,  
tumbada en camastros de hotel,  
desatada del mástil del día,  
entre risitas roncadas  
y colores a punto de pudrirse,  
amando su perdición,  
el alcohol de su sangre  
y su muerte.

La recuerdo olorosa a cerveza y vómito  
el día que la dejó Pascual  
y supo  
que los oscuros solo de amor quieren morir,  
y de vergüenza.



Juan Carlos Bautista

## **La maestra de baile**

El baile también es una forma sagaz de volar  
para quien carece de alas.  
Es una forma del arrebato para quien carece de locura.  
Es un modo de escapar para quien no tiene puertas,  
pero tiene un cuerpo, tiene dos cuerpos,  
y una manera erecta de arder.  
Esto, claro, me hace recordar el triste  
caso de la maestra de baile.  
La maestra, la sola,  
que se ponía una gardenia sedienta en el peinado  
y un vestido nupcial de corto vuelo,  
para ejercer el baile en el temor de sus días  
como una garza en un campo minado.  
La maestra, ojos de extravío,  
nerviosita,  
un poco bebida a veces,  
con esa forma de reír tan agobiante  
y su aristocracia de solterona,  
lamida por el molusco de la virginidad,  
todos los días, todas las noches.  
En el salón de baile entraba como una reina,  
casi loca,  
preciosista hasta la autodestrucción,  
para después ir cayendo,  
golpeándose contra otros cuerpos,

contra la oscuridad,  
contra la música.  
La hallaron desnuda  
en la sala de su departamento,  
con los tacones calcinados,  
vacía ya la lumbre roja de ese charol,  
y la gardenia pisoteada.  
Sólo las huellas delataron al asesino  
— ¡no era un bailarín natural!—,  
huellas del rebusque y de la fuga,  
mojadas en sangre,  
machacadas en el piso  
                                  1-2-3  
                                  1-2-3  
(vuelta)  
                                  1-2-3  
con la precisión dogmática de una lección de baile.



## **Puto decía en las frentes**

Puto decía en las frentes,  
puto en las paredes pompeyanas del inodoro,  
puto en las manos sebosas  
y en los muros ignorados, escrito con odio:  
pe de puto en los ojos cuando hacían esas hipérbolos,  
esas elipsis.  
cuando se iban al techo, a la nuca,  
la niña desmayada entre secreciones y ronca risa:  
puto en esas visiones repentinas,  
en esos gestos movedizos,  
en la cadera, su abrupta estatua,  
sus lentas, desaforadas descripciones:  
puto en la locura doliente desde los ojos  
como pájaros escapándose  
a un cielo que respira su trágico y su cómico,  
y se deja caer por el lujo de contemplarse en esa prisa:  
y el dedo que rayaba las sábanas,  
tan triste y tan digno,  
luego removiéndose entre risas,  
detenido en el aire, diciéndolo:  
“pues sí,  
morena (y puto) soy porque el sol me quemó,  
¡oh, hijas de Israel!

## **Rezo coral por la tamalera asesina**

Señor: perdónala Tú,  
perdona a la mujer que hizo tamales al marido.  
A la mujer que no lloró  
y, antes bien, se dobló de placer  
al hundir los dedos en la masa  
y la manteca.

Perdónala:  
era sólo una golosa  
y en todo caso, una arrebatada,  
una delirante.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar su locura  
cuando los tamales estaban buenísimos?

Perdónala:  
no es poca cosa lograr delicia  
de una carne embrutecida y vil.

No la juzgues a ella,  
juzga su obra: la mezcla perfecta  
de la carne del cerdo con la salsa dulce y picante del morita.

¡Perdónala! ¡Perdónala!

Retén su gesto de Verónica  
cuando los periodistas llegaron  
y le pidieron, para la foto,  
que blandiera el cuchillo como una trágica.

Temblaba, Señor, temblaba  
porque los olores la transían aún,  
y ella iba abriéndose a las intuiciones de su lengua.

## **El Cantar del Marrakech**

Tras cortinas de nervios y mareos,  
catedral hundida en su sueño  
entre onirias agazapadas,  
estaba el Marrakech.

Las rocolas echaban a volar sus cuervos  
y las locas,  
de risas lentejuelas  
empapaban el aire de miradas.

Las liosas, las dulces, las tibias, las acedas:  
nacidas de su amor asustadizo  
y del humo triste de la sodomía.  
Con sus gestos como puños  
y las manos llenas de fervor, ladraban:  
vírgenes verriiondas  
de tardes en declive y noches sin tregua,  
tendidas bajo el sol bajuno de las lámparas.

En el Marrakech eran soberanas,  
cerraban las piernas como señoritas y reían como putas.  
Oscuras y alegres como algo que va a morir.

Ellas,  
las sin vértice,

con el vinagre siempre en la enagua  
y la sed,  
y el ardor de esa sed.

Iban al Marrakech inhalando olor de puertos  
y ciudades de noche.  
Reinas amarillas,  
amoratadas,  
subidas de color.  
Reinas de melancólico fumar  
que oteaban descaradas el pez de los hombres,  
tras pestañas egipcias y dolencias abisinias.  
Henchidas de presentimientos,  
fieles a su embuste,  
ligeras y estridentes como plumas,  
paseaban su oído, su ternura,  
su culo espléndido,  
entre el azar de las mesas,  
girando con el hábito furioso del insecto.

Iban al Marrakech y lo llamaban alegremente: El Garra  
El Marrakech o El Marranech.  
Hechizadas ante ese nombre crispado y su conjuro.

*-Vamos al Garra, querida.  
Hay una loca que da vueltas.  
Hay una bicicleta que camina sola.  
Hay un hombre que se hinca frente a su verga  
como frente a una cruz.*

*Hay esfínteres que son grandes oradores.  
Hay un cábula lamiéndoles las ínfulas.  
Hay un gandul con la garganta a media furia.  
Hay un niño con los ojos cerrados.  
Hay paredes pasándose de verdes.  
Hay una loca que camina sola,  
como una bicicleta sola,  
tan sola que da miedo.  
-Vamos al Marrakech, querida.*

Y las nalgas se inflaban.  
Y los culos se abrían como boquitas.  
[Fragmentos]



## En el miadero

En el miadero,  
largo y solemne como un abrevadero de caballos,  
los hombres levitan como iluminados.  
Se hincan,  
echan a beber la bestia fabulosa;  
alguien alarga su sexo como una dádiva:  
esa cabrona dama de la caridad.

En el miadero los hombres cierran filas,  
se empapan en orines,  
untan los muslos  
y se abrazan como en el último día del Sexo.  
Triste abrevadero de caballos  
donde las miradas corren en declive  
y las manos,  
inocentes y abyectas,  
se encienden de barroca necesidad.  
Ahí, entre paredes garrapateadas,  
los cuerpos chocan contra sus sombras.

Los mingitorios callan supersticiosamente.

Triste, triste abrevadero de caballos:  
el sonido de los chorros recrea la furia,  
no hay tiempo para las grandes pasiones,  
brincan los niños,  
enloquecen.



## Hugo

Obligado por la resaca  
un minuto se quedó callado,  
mojó de cerveza sus labios  
y su sombra fue húmeda y amarilla.  
(Su respiración de fruta casi se podía morder).

17 años: ésa era la cosa.  
Se asomaba el ojo del ombligo y entre sus piernas  
su sexo niño no dormía ni dejaba dormir.

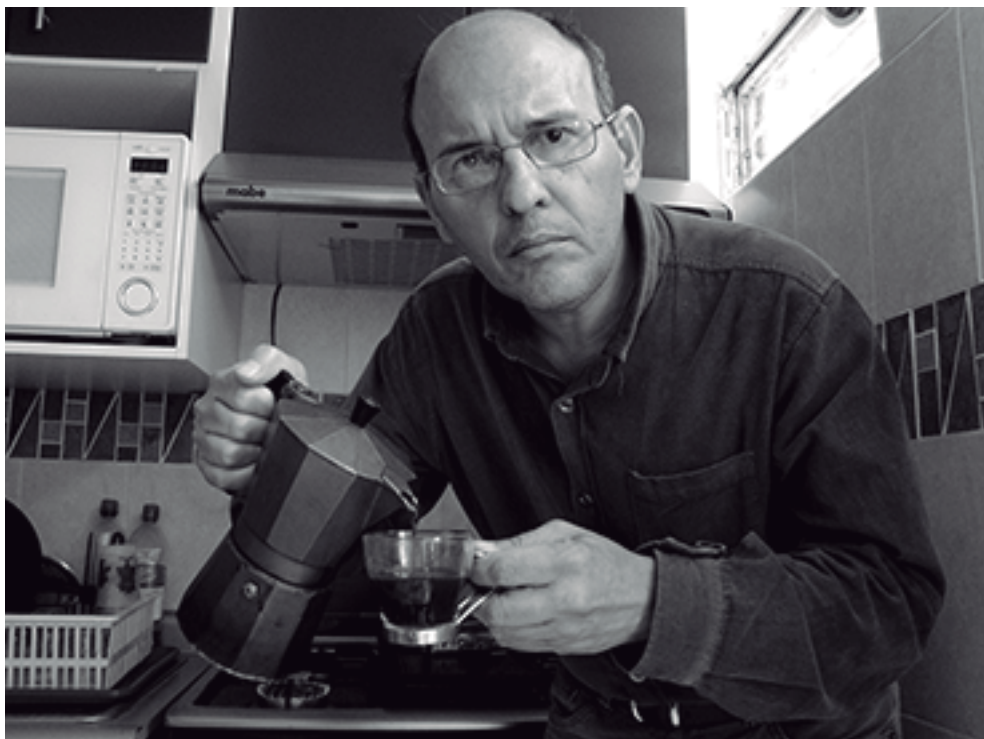
Hugo:  
la cantina levantando sus estípites alrededor  
de tu indolencia,  
la noche que susurraba para tu pie desnudo  
y despiadado,  
todo se explicaba por ti.

Todo,  
incluso la realeza de las cuinas,  
su labio desbordado,  
ese festín agrio  
que las hundía de pronto en un tiempo duro,  
con la sangre burlando su forma de raíz.

No era épica aún tu virilidad,

pero tu dulzura gramosa  
levantaba pendones empapados  
y las vergas en su laberinto  
hacían un ruido intolerable.  
Sin que tú lo advirtieras, Hugo,  
sin que pudieras vencer el peso  
que te embrocaba sobre la tierra,  
entre la soldadesca ávida  
y bajo la mirada caliente y negrísima de tus enemigas.

Juan Carlos Bautista (Tonalá, 1964) estudió Comunicación en la UNAM, fue becario del Centro Mexicano de Escritores y el Fonca de Jóvenes Creadores. Ha publicado *Lenguas en erección* (1990), *Cantar del Marrakech* (1993), *Bestial* (2003) y *Aluvión de pensamientos inútiles y sublimes* (2010), *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay* (2010).



Yuri Valecillo [Valencia de Venezuela, 1961], hizo estudios en la Escuela de Artes Arturo Michelena de su ciudad natal y la *Ecole Française de Photographie* de París. Durante algunos años trabajó para el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Bolivariana, pero por más de tres décadas y de manera continuada, ha colaborado en numerosos medios visuales y periodísticos de Europa y América Latina y ha expuesto en capitales como Varsovia, México, La Habana, Caracas, Managua o El Salvador. Según Larry Mejía, *“el discurso fotográfico de Yuri Valecillo alinea su pensamiento, entre, un fanal feroz y un corazón, que no cesa de latir por la probidad que reclama. Sus imágenes distan de lo convencional, contienen connotaciones que van más allá del instante atrapado. El proceso histórico que determina la relación entre el fotógrafo y sus protagonistas, sugiere al espectador trascender la escena representacional de las identidades, y armar un conjunto inédito de significados y significantes, que produzcan una lectura que comunique la expresión emocional de la composición gráfica. Las imágenes-relatos que Valecillo comparte con su público son documentos transparentes. Dentro del contexto contemporáneo de la fotografía venezolana, su obra ofrece una mirada siempre en tránsito al borde de la obsesión, por la búsqueda compulsiva del costado más lacerado.”*

## TREPADO EN MÍ

Trepado en mí  
casi no hacía ruidos,  
pero desaforadamente  
su bestia comía de mi culo.  
Un hombre silencioso en tiempos de guerra.

Este hambriento —dije— es mi hermano.  
Y me abrí delicadamente  
como un jacinto a la pisada del buey.

Le di agua de mi boca,  
manos que fueron pañuelos para su frente,  
mi espalda como un pan  
y ojos que supieron cerrarse a tiempo.

Trepado en mí,  
dije este hombre es mi hermano  
y lo quiero  
porque somos igual de pobres  
y estamos igual de hambrientos.

**Juan Carlos Bautista**